

A. Supiot Ripoll

LA NOCHE DEL HAMBRE

Leyenda serrana

LA NOCHE DEL HAMBRE

VOLUMEN 3 DE LA COLECCIÓN *LA CUERDA LARGA*

Alberto Supiot Ripoll

LA NOCHE DEL HAMBRE

Leyenda serrana

La Niña Golla Ediciones

Primera edición: septiembre de 2021

© Alberto Supiot Ripoll

© Diseño de cubierta: RAS

© De la edición La Niña Golla Ediciones, 2021

c/Muro, 3 – 47130 Simancas (Valladolid).

laninagolla@gmail.com

Printed in Spain

Para Javi Ripoll Morales
que, en agosto de 2021, todavía no se había enterado
de qué iba esto de la Noche del Hambre.

La Noche del Hambre.

Leyenda serrana.

Una cena singular.

Acabo de pasar un par de semanas en la Sierra de Guadarrama. Quería seguir, de la mano de mi admirado Enrique de Mesa, el "rumbo incierto" de las trochas y veredas que ascienden por la montaña y hundirme en los umbríos caminos carreteros que recorren los valles y las zonas bajas del pinar. Y por alguno de esos caminos encontrarme quizá con alguna pastora o serrana, de las que hablan el Marqués de Santillana o el propio don Enrique (las cantadas por el Arcipreste, mejor no). Pero sobre todo, deseaba, mezclada con el rumor del viento entre los pinos, escuchar

*la queja que cantó Mesa
del arroyo Garcisancho.*

Debo decir que, al cabo de estas dos semanas, mis deseos se han visto cumplidos, excepto, naturalmente, el del encuentro con la pastora.

El último día, tras un recorrido postrero por las cimas de Peñalara y un rato de recogimiento en la Laguna de los Pájaros, decidí culminar mi estancia serrana con unas judías "con matanza". Seguía así los consejos de unos vecinos del pueblo donde paraba, quienes, días atrás, se habían hecho lenguas ante mí de la exquisitez de ese plato, y que me habían asegurado que en ningún sitio se preparaba mejor que en el Mesón de Juanito que, casualmente, estaba aldaño a la pensión en la que me alojaba. Así que, tras haberme aseado convenientemente, allí dirigí mis pasos, ansioso de reponer fuerzas.

Cuando entré en el comedor, una vez apalabrada la cena con el mesonero, me encontré con un bullicioso grupo de personas que estaban finalizando la suya. Los comensales hacían gala de una jovialidad y campechanía que se compaginaban malamente con la edad, madura y más que eso, que aparentaban. Y me llamaron la atención dos cosas: el que, por los restos que se veían en los platos, el menú hubiera consistido exclusivamente en chuletas de cordero y el que todos los componentes del grupo vistieran una camiseta en la que se podía leer, impresa, la siguiente y enigmática sigla: *NdH*.

Ya me traían la cena cuando la alegre pandilla, tras apurar unas copas de aguardiente y departir brevemente con el mesonero, para quien eran visiblemente clientes

habituales, empezó a salir a la calle. Una de las comensales, al pasar delante de mi mesa me dirigió una extraña mirada que no supe interpretar. Sufro de agnosia, aunque en grado leve, y a veces no sé si la cara que veo corresponde a un conocido o no. Esto me deja frecuentemente en mal lugar, ya sea porque saludo efusivamente a un extraño o porque ignoro a alguien que debería resultarme totalmente familiar. En este caso me pareció más adecuado arriesgarme a la segunda opción, y ahí quedó la cosa.

Tras la salida de la peña, en el comedor reinó de pronto un profundo silencio que agradecí y que permitió que me concentrara en la degustación del humeante plato que me acababan de servir. Los lugareños no habían exagerado la excelencia de las judías. Su contundencia y la del acompañamiento correspondiente no me impidieron pedir, de segundo, una trucha con jamón, ni caer en la tentación del igualmente famoso ponche segoviano. El resultado fue verme sumido en un estado de felicidad casi completo.

Cuando me dirigí al mesonero, un hombre corpulento y jovial, para pedirle un café, aproveché la ocasión para interrogarle acerca del curioso grupo que me había precedido y, sobre todo, acerca de la misteriosa sigla de las camisetas.

-¡Ah!, contestó. Esa es una larga historia.

Como apenas había movimiento en el comedor pero todavía no era demasiado tarde, y aprovechando sus

evidentes ganas de hablar, le rogué que se sentara a mi mesa y me contara esa historia, lo cual era una buena excusa para postergar la vuelta a mi habitación donde, me temía, habría de enfrentarme a una velada bastante sosa.

A ello accedió gustoso el buen mesonero. Para amenizar el relato, que a continuación traslado con la mayor fidelidad posible, pedí que trajeran una frasca del orujo de hierbas con el que había visto concluir su cena a los devoradores de chuletas.

Cinco hermanos.

Pues bien, ha de saber, señor mío -comenzó diciendo el mesonero con su voz ligeramente gangosa- que, hace mucho tiempo, cuando este pueblo era todavía una aldea, en lo alto de estas montañas que ha recorrido usted estos días, vivía con sus cinco hijos una venerable anciana. La casita que habitaban era sumamente modesta, pero una verde enredadera ocultaba lo escueto de su arquitectura y le daba un aspecto agradable.

La anciana no era rica, muy al contrario: vivía de una pensión que, sin ser muy cuantiosa, le hubiera bastado, de no ser por los cinco hijos a los que debía mantener. Estos muchachos estaban ciertamente en edad de ganar su propio sustento, pero eran unos despreocupados que, sin querer darse cuenta de la difícil situación en la que se encontraba su madre, dedicaban todo el tiempo a corretear por el monte buscando caminos perdidos, a leer

grandes mamotretos de una biblioteca que habían heredado y a enzarzarse en eternas y encendidas discusiones sobre temas abstrusos.

Todas las mañanas, cuando los muchachos todavía dormían o se ocupaban en dar buena cuenta del desayuno, la pobre anciana comenzaba su jornada rebuscando en los cajones de su cómoda las pocas pesetas (era la moneda en aquella lejana época) que podía destinar a la compra del día. Con el monedero en una mano, bien sujeto contra el pecho, y la cesta vacía en la otra, bajaba por un empinado sendero hasta la cercana aldea. En el mercado procuraba escoger los productos más baratos o aquellos que, a punto ya de ponerse malos pero todavía comestibles, se podían comprar casi de balde. Como todo el mundo la conocía y sabía de lo precario de su economía, era frecuente que los mercaderes le regalaran un manojo de zanahorias, un par de lechugas o unas manzanas que, por feas y arrugadas, los demás compradores rechazaban, o que, incluso, le hicieran algún descuento. Ella, agradecida, todo lo aceptaba con una sonrisa, sin sentirse para nada ofendida.

Una vez terminadas sus compras, la anciana cargaba con la bolsa llena y emprendía la vuelta a casa sendero arriba, soportando con gran paciencia el padecimiento que le ocasionaban sus doloridos pies.

Sí, sé lo que está usted pensando: ¿y sus hijos, no se les pasaba por la imaginación la idea de acompañarla, al menos al regreso, y llevarle la bolsa que, ¡ay!, no se

podía decir que constituyera una gran carga? Pues no, mi buen señor, esos rapaces (en el doble sentido del término) siempre encontraban una razón para no estar disponibles cuando eran más necesarios. Eso sí, a la hora de sentarse a la mesa dejaban de lado sus ocupaciones y acudían a la primera llamada.

A todo esto he de añadir que los cinco hermanos tenían una funesta costumbre a la que ellos aludían con la expresión "bajar al barro". Ello consistía en acudir a la aldea casi todos los días, por no decir todos, con el propósito de ingerir cantidades descomunales de cerveza, volviendo a casa en un estado que usted puede fácilmente imaginar. Como, al no dedicarse a nada productivo, no disponían de dinero, a la hora de pagar en los sucesivos tugurios que visitaban solían decir que apuntasen el gasto "en la cuenta", se entiende que de su pobre madre. La expresión "bajar al barro" aludía al recipiente en el que bebían la cerveza y cuya capacidad no bajaba del medio litro. Un caso claro de metonimia, diría yo.

Aquí me asombré un poco de los conocimientos, de retórica en este caso, que demostraba tener del mesonero, pero la velada me reservaba más sorpresas como esta.

También -continuó diciendo- podrían haber dicho "bajar a rebozarse en el lodo" y ello hubiera sido más apropiado. El caso es, señor mío, que los cinco muchachos se comían a su madre por los pies, como solemos decir por estas tierras.

Como eran cinco, en la aldea se les conocía por el apodo de "los Quintos", y sus bajadas al barro constituían una pesadilla para los taberneros, ya que estos, movidos por su buen corazón, perdonaban a la pobre anciana parte de la deuda que los sucesivos barros iban acumulando, asumiendo así, ellos también, una parte del perjuicio económico. ¡Ah, si hubieran sido mis hijos...!

Y un sobrino.

Por si fuera poco y para colmo de males, a estos Quintos vino a añadirse el hijo de una hermana de su madre. Esta otra anciana, que vivía a unos cien kilómetros más o menos, ya en la llanura, era más pobre aún que su hermana. Tenía tres hijos a los que se veía igualmente obligada a mantener. Como llegara a encontrarse en la imposibilidad material de hacerlo con todos ellos, rogó a su hermana del monte se hiciera cargo del mayor. "Si soy capaz de dar de comer a cinco bocas, ¿no he de poder hacer lo mismo con seis?" respondió la generosa anciana. Y así fue cómo, a los cinco hermanos, se sumó el sobrino, con lo cual los Quintos fueron, en realidad, seis, como pasaba con los tres mosqueteros, de Alejandro Dumas, que eran cuatro. Se convirtieron, pues, en los "seis Quintos". Dada su afición a la cerveza, hubiesen seguramente preferido llamarse los "seis Tercios", y no precisamente de Flandes, sino de Mahou, ¡ja, ja, ja!

¡Oh! Veo que tuerce usted el gesto. En efecto, mi chiste ha sido de muy mal gusto y totalmente fuera de lugar, dado lo dramático de esta historia. Le ruego que me perdone y no me lo tenga en cuenta.

Bien, sigamos. He de decir, amable señor, que si los Quintos eran unos descarados haraganes que abusaban de su anciana madre, el sobrino llegó a ser, sin duda y como pronto se pudo comprobar, el peor de todos. Su desfachatez y egoísmo llegaban a extremos inimaginables. No solo no mostraba agradecimiento a su tía por haberle, para decirlo bien y pronto, recogido, sino que se negaba a contribuir en las labores de la casa. En algunas ocasiones, en efecto, la anciana pedía a sus hijos y sobrino que efectuaran alguna tarea de mantenimiento en la humilde morada, como pintar de nuevo los techos o empapelar las paredes. Para ella eso era muy importante, porque tenía a gala decir que su casa podría ser pobre, pero no miserable, y que a ella podía acudir cualquiera sin que tuviera la impresión de penetrar en una chabola.

Al final, el sobrino que, la verdad, tampoco es que fuera muy mañoso, al contrario de sus primos, quienes, cuando querían, eran capaces de llevar perfectamente a cabo las tareas encomendadas, terminaba contribuyendo él también, pero de muy mala gana. "¿A qué he venido yo aquí, si no es a pasármelo bien y a disfrutar del monte y los libros?", decía el muy ... ¡no sé cómo llamarle!

Y lo peor no era que el sobrino dejara atrás en maldad a sus primos, es que, además, ejercía sobre ellos

una nefasta influencia. He aquí un ejemplo, entre muchos que podría contarle. La buena anciana, en su afán por ofrecer a sus hijos lo mejor dentro de sus posibilidades, procuraba que, a la hora del desayuno, nunca faltara la mantequilla en la mesa. Ocurrió en una ocasión que, al llegar al mercado, se dio cuenta de que el dinero no le alcanzaba para comprar la mantequilla para ese día. La pobre mujer, en su apuro, ideó una estratagema ingenua y enternecedora a la vez. Compró margarina, que era una cosa que tanto los hijos como el sobrino detestaban, y, al llegar a casa, aprovechando que aún dormían, la dispuso en la mesa cuidadosamente envuelta en el papel con el que lo había estado la mantequilla en días anteriores. Tras ello, salió un momento para pedir un poco de perejil a una vecina. Al volver, ya desde lejos pudo escuchar un fuerte griterío dentro de la casa. Con gran temor abrió la puerta y, al asomarse al comedor, vió a los seis rapaces sentados en el suelo profiriendo a grandes voces eslóganes del tipo "¡MARGARINA PA LAS PRIMAS!, ¡NO VOLVEMOS A LA SILLA SI NO SACAS MANTEQUILLA!", y otros que no me atrevo a decir. El sobrino, que era el instigador de esa sentada, como se decía entonces, una forma de protesta muy utilizada en aquellos turbulentos tiempos pero con fines más nobles, se alzó como portavoz del grupo y exigió "el retorno inmediato de la mantequilla, si no quería enfrentarse a acciones más violentas". La pobre anciana volvió a la casa de su vecina para pedir prestada una pequeña cantidad de la preciada substancia, y calmar así a

los muchachos. El sobrino le hizo prometer que, de ahí en adelante, si entraba la margarina en casa, que fuese exclusivamente para su propio consumo.

¿Se puede imaginar mayor ingratitud, mayor abuso, mayor ignominia, mayor crueldad, en fin? Veo que niega usted con la cabeza. ¡Ah, mi buen amigo, su natural, sin duda bondadoso, le impide imaginar que el sufrimiento de la pobre anciana pudiese experimentar otra vuelta de tuerca! Pues bien, ¡sí!, podía... podía... "

Aquí, el mesonero interrumpió el relato. Hundió la cabeza en el cuenco formado por sus enormes manos mientras se le oía sollozar. Me sorprendió favorablemente descubrir que en aquel corpachón se escondía el alma y los sentimientos de una tierna criatura. Cuando se serenó un tanto, alzó el rostro, me pidió unos momentos, antes de proseguir con su historia, y, tras mirar con tristeza la frasca de orujo, volvió su mirada hacia mí con desesperación. Me dí cuenta entonces de que la dicha frasca estaba prácticamente vacía. No me había pasado desapercibido que, mientras hablaba, el mesonero había ido ingiriendo vaso tras vaso de licor, sin duda para darse ánimos y conseguir avanzar en su relato. Por mi parte, y para mantenerme lo suficientemente sereno y poder retener todos los detalles de la portentosa historia, me había limitado a mojar mis labios en el orujo de hierbas. Pero comprendí que, para lo que había de seguir, iba a ser necesaria otra frasca. Hice un gesto a la camarera. Apenas servidos, el mesonero

llenó y bebió sucesivamente tres vasos. Tras ello, prosiguió su narración.

NdH.

Prepárese para lo que le voy a contar a continuación. Yo que usted me echaría antes que nada al colete un par de tragos de este orujo que me trae de Galicia un cuñado y que, como habrá podido comprobar, es excelente. ¿No? Bueno, allá usted.

Era un día tal como hoy, un 14 de agosto, víspera de la fiesta grande de nuestro pueblo. Ese año, la anciana del monte había invitado a su hermana del llano a pasar parte del verano en su compañía. La presencia de la una servía de gran consuelo para la otra y, así, mutuamente, se ayudaban en la difícil tarea de sobrellevar el castigo al que, sin saber porqué, les había sometido Dios con sus respectivos hijos.

Los seis Quintos, a última hora de la tarde, habían bajado a la aldea, según su odiosa costumbre. Mientras estaban en el barro, las dos hermanas, a la hora de ir a preparar la cena, se dieron cuenta con espanto de que la despensa estaba totalmente vacía. ¡Esa noche no habría cena! "¿Qué va a ser de nosotras", dijo la anciana del monte, "cuando nuestros hijos vean que no tienen nada que llevarse a la boca? Si se pusieron como fieras cuando les dí margarina en vez de mantequilla, ¡qué no harán esta noche!". Y se pusieron a rebuscar por todos los rincones

de la casa para ver si encontraban algo comestible. De pronto, la hermana del llano gritó alborozada: "¡Mira lo que he encontrado, rebuscando en la basura! ¿Recuerdas que ayer tiramos una lata de sardinas que creíamos vacía? Pues no lo estaba, todavía quedaba una." Animadas por el hallazgo, siguieron escudriñando en la basura y en las bolsas de la compra. Del fondo de una de estas consiguieron recuperar un par de tomates ("Se les quita lo que está pocho, y se acabó", dijo la del monte). También encontraron unos medrugos de pan, duros como piedras ("Los ponemos en agua un rato, los mezclamos con los tomates y arreglado: lo llamaremos salmorejo", dijo, optimista, la del llano). Muy contentas, las dos hermanas dispusieron la cena en la mesa.

En cuanto llegaron, los muchachos se sentaron inmediatamente y, en cuestión de segundos, acabaron con las escasas viandas. Cuando preguntaron que qué había para cenar y las hermanas contestaron que se lo acababan de comer, las acribillaron con feroces miradas, pero no dijeron nada. La anciana del monte quiso aliviar la tensión diciendo que los médicos recomendaban no tomar por la noche más que un ligero refrigerio, y que eso era lo que habían pretendido ellas. "Además", añadió, "ya lo dice el refrán: De grandes cenas, sepulturas llenas", a lo que el sobrino respondió, iracundo: "¡Sí, Y en casa de mi tía, la sepultura vacía, no te fastidia!" Bueno, dijo otra palabra, ya se imagina, que restalló en los oídos de las hermanas

como un latigazo. Temblando, las dos ancianas se retiraron a su aposento.

Tras atroz conciliábulo, los seis chicos, después de tildar a sus madres de inútiles y haraganas, y afirmar, los muy sinvergüenzas, que no eran capaces de darles de comer, como era su obligación, y que, encima, se reían de ellos, como habían hecho con lo de la mantequilla y ahora con esa ridícula cena, decidieron volver de nuevo a la aldea para cenar de verdad. Uno de los hijos de la anciana del monte, movido por un extraño e insólito sentimiento de compasión, se arriesgó a decir que, quizá, no fuera culpa de ellas, que era posible que ellas ni siquiera hubieran probado bocado. Incluso llegó a sugerir que estaría bien llevarlas a cenar a ellas también. "¡Las viejas se quedan!", dijo... a ver si adivina quién... sí, ese, efectivamente. "¿No quieren cenar ligero? Pues, ¡hala, a dormir!"

Mientras escuchaba al mesonero, iba creciendo en mí una extraña sensación que no sé bien cómo explicar. El relato que me estaba haciendo del maltrato al que los Quintos sometían a su pobre madre, evidentemente me soliviantaba y generaba en mí una gran animadversión hacia ellos. Pero, en lo que concierne al sobrino, a esa animadversión venía a unirse otro sentimiento que me resulta difícil de describir. Yo diría que ese sobrino me producía, además, repugnancia, vergüenza y auténtico bochorno. Pero ¿porqué esa vergüenza, que yo sentía como propia? No sabría decirlo pero era una impresión

que, a medida que avanzaba la historia, me desazonaba cada vez más.

Los seis -continuó el mesonero- emprendieron sin más tardanza el descenso a la aldea. Iban desaforados, pegando grandes gritos, alternados con sonoras risotadas. Los habitantes de la aldea, al oírles bajar como una manada de lobos, quedaron desconcertados. ¿No acababan de subir del barro? ¿Qué querían ahora?. Aterrorizados, se encerraron en sus casas a piedra y lodo, atisbando, eso sí, por las mirillas de las puertas, lo que pasaba fuera.

Los muchachos, buscando dónde cenar, irrumpieron en tropel en el único establecimiento que encontraron abierto a esas horas.

¿Porqué tenía yo la impresión de saber, antes de que me lo dijera el mesonero, que esos lejanos sucesos habían tenido lugar en el comedor mismo en el cual nos encontrábamos? ¿Qué extraña premonición hacía que ciertos detalles de la historia me resultasen tan familiares? Quise, con todo, confirmar mis suposiciones.

Sí, ha acertado usted. El mesón en el que recalaron los seis Quintos era este mismo en el que le cuento todo esto, y lo regentaba un antepasado mío, creo que mi tatarabuelo. Las cosas que vienen ahora sucedieron en este mismo comedor en el que han cenado, usted y la peña que le ha precedido. La decoración ha cambiado, naturalmente, y se ha adaptado a los tiempos, pero todavía se conservan algunos detalles de otras

épocas, como esa extraña chimenea que puede usted ver al fondo, y la antigua máquina de hacer café.

Los chicos -siguió contando- pidieron a gritos que se les sirviese de inmediato algo para cenar. Mi antepasado les advirtió, atemorizado, que sólo podía ofrecerles chuletas de cordero. "¡Pues vengan esas chuletas!", respondieron los muchachos. "¡Y cerveza, mucha cerveza, y también vino! ¡Ah! y que nos sirva la cena la Rosina."

Rosina era la hija de aquel mesonero, es decir, mi bisabuela, probablemente. Era una muchacha de gran hermosura, como suele suceder por estos pagos, en los que la pureza del aire, la del agua de los manantiales y una genética propicia hacen que nuestras pastoras y serranas hayan merecido, como usted sabe, ser cantadas por poetas de diferentes épocas.

"No puede ser, señores, mi Rosina está ya en la cama, durmiendo". "¡Pues despiértala!" "Pero es que ha estado todo el día trabajando y está agotada". "¡O la despiertas o lo ponemos todo patas arriba, tú eliges!"

Ante la amenaza, y sabiendo que esos degenerados eran muy capaces de cumplir su palabra, mi pobre tatarabuelo no tuvo más remedio que sacar a su hija de la cama y enviarla a servir a aquellos malnacidos.

Con los ojos llenos de sueño, legañosa y apenas peinada, aún así, Rosina era más bella que el sol y las estrellas juntos. Su aparición en el comedor fue saludada con grandes alaridos, entre los que se podían distinguir

procacidades de todo tipo. La pobre chica estuvo toda la cena trayendo bandejas y bandejas de chuletas que los muchachos devoraban como si jamás hubieran comido, y haciendo lo imposible por esquivar las torpes manos que intentaban atentar contra su pudor.

Entretanto, en la casita de la montaña, las dos hermanas se enfrentaban a un nuevo motivo de preocupación: si no hubo dinero para la cena tampoco lo habría para el desayuno del día siguiente. Hablábanse la una a la otra desde sus respectivos lechos, intentando encontrar alguna solución al problema que se les venía encima. Y, naturalmente, les era imposible dormir ante la perspectiva de tener que afrontar la terrible reacción de sus hijos, por la mañana, cuando vieran que no tenían con qué desayunar.

Como último recurso decidieron encomendarse a la Madre Perlita de las Misiones, por entonces todavía beata, y a la que profesaban una gran devoción. Se arrojaron ante sus camas, como hacían de pequeñas cuando, antes de dormir, rezaban el "Jesusito de mi vida", y, tras elevar su plegaria, consiguieron tranquilizarse un tanto.

Los tres milagros de Santa Perlita.

El triste episodio que acabo de relatarle es lo que se conoce en el pueblo como "La Noche del Hambre" y es a esta denominación a la que alude la sigla que llevaban

escrita en la camiseta los miembros de la peña que vió usted al entrar y que tanto le ha intrigado. No me pregunte quién o quiénes pusieron ese nombre a la tal noche, que no lo sé. Pero el caso es que el relato de lo que pasó entonces constituyó durante años una de las consejas que más animaron las largas veladas de invierno. Hoy día esa conseja ha pasado, junto con otras como la de la Laguna Grande de Peñalara, a ser una de las leyendas que enriquecen el acervo cultural de nuestro pueblo.

La Madre Perlita, sin duda, debió desplegar sobre las cabezas de las dos ancianas un manto de dulce sueño, porque durmieron de un tirón hasta las diez de la mañana, lo cual se puede considerar como el primero de los milagros de la beata, que más tarde justificaron su canonización. Lo que las despertó fueron unos sonidos parecidos a sollozos. Eran sus hijos que, lejos de prorrumpir en improperios ante la falta de desayuno, se encontraban gimiendo y llorando, de rodillas ante la mesa del comedor. Esta se hallaba totalmente cubierta por un desayuno compuesto de los manjares más exquisitos: humeantes cafeteras, jícara de hirviendo chocolate, churros madrileños, curasanes y briochas al gusto parisién, panettoni italianos, fuentes desbordantes del mejor jamón de las dehesas extremeñas, huevos fritos mostrando las doradas cúpulas de sus yemas en medio de islas de densísima clara, alcuza con el más aromático aceite de oliva virgen procedente de tierras almerienses, jarras de zumos extraídos de las más exóticas frutas, deliciosamente

fríos, melones dulces como la miel, que tampoco faltaba, presente en grandes tarros, y, destacando entre todo ello, enormes bloques de auténtica mantequilla. En fin, que aquello parecía el desayuno preparado para un rey de Francia. Además, de manera prodigiosa, todos estos manjares mantenían cada uno, inalterable, la temperatura más adecuada para su consumo.

Las dos ancianas intercambiaron una mirada de inteligencia y sonrieron: en la aparición de semejante desayuno ellas vieron una intervención del Cielo y comprendieron que su ruego de la noche anterior había sido atendido, y de qué manera.

Pero Santa Perlita había obrado, además, un tercer milagro. Del mismo modo que había extendido un manto sobre las agotadas cabezas de las ancianas para hacerlas conciliar un dulcísimo sueño, igualmente había desplegado otro sobre las cabezas de los chicos, con la diferencia de que, en este caso, era un manto de pesadilla. Durante toda la noche los hijos y el sobrino estuvieron asistiendo, como si fuesen los espectadores de una película en la que ellos mismos eran los protagonistas, a una repetición de lo ocurrido la víspera. Revivieron una y otra vez el desprecio a la pobre cena preparada por las ancianas y su rabiosa bajada a la aldea, su vergonzoso comportamiento en el mesón y, sobre todo, el trato vejatorio a que sometieron a la pobre Rosina. En fin, que cada uno se vió a sí mismo por primera vez, tal y como le veían desde hacía tiempo, tanto sus madres como sus convecinos.

Cuando, en este estado de ánimo, se encontraron ante el espléndido espectáculo que ofrecía la mesa del desayuno, se les rompió algo que nadie hubiera sospechado jamás que tuvieran: el corazón. Porque ellos creyeron que, aunque de una manera difícilmente explicable, eran las ancianas quienes habían conseguido los medios necesarios para prepararles un desayuno de rey. El contraste entre su comportamiento y la supuesta respuesta de sus madres fue demasiado (¡quién lo hubiera pensado!) para ellos.

Experimentando por primera vez en sus vidas lo que es el sentimiento de culpa, se postraron ante las ancianas rogándoles perdonaran su mal actuar y les hicieron un sitio junto a ellos para desayunar como una familia feliz. Ellas, que eran de poco comer por la mañana, se conformaron con un tazón de leche.

En su arrepentimiento, los seis Quintos juraron que, de ahí en adelante, cada 14 de agosto, bajarían a la aldea para recordar la fatídica noche cenando, única y exclusivamente, chuletas de cordero, observando un comportamiento intachable y guardando, en penitencia, total silencio. Incluso propusieron a las ancianas que les acompañasen, ofrecimiento que ellas cortesmente rechazaron, pretextando que ya estaban muy mayores como para bajar, a esas horas, a la aldea. Hay quien dice que a la del llano se le oyó murmurar: "¡A buenas horas, mangas verdes!".

Y he aquí, querido amigo, el origen de la "Noche del Hambre".

Con esto dió por finalizado el mesonero su relato. Se levantó de la mesa, no sin apurar otro vaso de orujo, y estaba a punto de desearme las buenas noches cuando le detuve con un gesto.

-Me surge una duda, y no puedo dejar de planteársela ahora mismo, aún a riesgo de que me acuse de abusar de su paciencia. Me doy cuenta de ya es tarde y mañana tendrá usted...

-No se preocupe -me interrumpió- ¿Qué duda es esa?

-Pues que, en principio, la conmemoración anual de la Noche del Hambre tenía un carácter, digamos, expiatorio. Si he entendido bien, la intención de los seis Quintos, bajando a la aldea cada 14 de agosto, era que todos los vecinos, al verles sentados en la mesa comiendo, compungidos, sus chuletas, recordaran su pésimo comportamiento anterior y su posterior arrepentimiento, ¿no es así?

-En efecto, así es.

-Y ahora viene la duda. Los comensales al final de cuya cena asistí hace un rato, y que imagino, son los descendientes de aquellos, no solo no se mostraban compungidos, es que ni siquiera manifestaban un comportamiento solemne. Muy al contrario: su manera de estar, con esas voces (desde luego, el mandato de silencio no lo

cumplían) y esas carcajadas, me hacen pensar, más bien, en los seis Quintos genuinos, si se me permite decirlo así.

-En efecto. Esos que vió usted son sus descendientes, y la genética es la genética... Pero es que la costumbre de celebrar la Noche del Hambre con el tiempo ha devenido en tradición. Y ya sabe usted lo que decía Husserl acerca de la tradición...

-¿Husserl? ¿Qué Husserl, el filósofo? -pregunté asombrado.

-¿Quién si no? ¿Conoce usted a otro Husserl?

Evidentemente, yo no conocía a otro, ni siquiera podía jactarme de conocer realmente al fundador de la fenomenología trascendental, lo que sí parecía ser el caso del culto mesonero, así que me limité a preguntar:

-¿Y qué decía?

-Pues que la tradición es el olvido de los orígenes. Que pase usted buena noche.

Y ahí me dejó, totalmente perplejo.

Me había acostado con la Noche del Hambre en la cabeza, y con ella me levanté. En mis sueños me perseguía la sonrisa que la víspera me había dirigido una de los de la peña. Esa sonrisa, un tanto irónica, parecía burlarse de mí. ¿Conocería yo en realidad a aquella persona y la agnosia me habría jugado, de nuevo, una mala pasada?

Mi noche fue corta, porque esa mañana, o mejor dicho, esa madrugada, debía yo coger el coche de línea para regresar a Madrid. Un poco antes de las seis me dirigí al Mesón de Juanito para desayunar. Allí estaba el meso-

nero, fresco como una lechuga. Como si no se hubiese acostado a las tantas y con un par de frascas de orujo en el cuerpo, se ocupaba de atender a unos cuantos parroquianos que, todos ellos tocados con la típica boina, despachaban sus cafés acompañados de cazalla, "para matar el gusano", oí que decían. Eran aquellos vecinos del pueblo que habían preferido, a los azarosos beneficios de las labores agrícolas y ganaderas, los más seguros del salario mensual que les procuraba el trabajo en una cercana fábrica de maderas, y que se disponían a comenzar su jornada.

Una vez apurado mi café con leche (decliné el ofrecimiento de la, aparentemente obligada, cazalla) y tras despedirme del mesonero y un "buenos días" general lanzado al aire, me dirigí a la plaza para esperar al coche de línea. La mañana era fresca, aunque se intuía que en un par de horas la temperatura subiría unos cuantos grados. Sentado allí, en los escalones de piedra que rodeaban al olmo situado en el centro de la plaza, de nuevo la sensación de *déjà vu* o, mejor, de *déjà vécu*, me invadió. Quizá tuviera algo que ver el delicioso aroma procedente de la panadería cercana. Me sentí invadido por el súbito deseo de cargar en la mochila con un par de barras de pan, bien calientes, atarme bien las botas y emprender el camino al monte. Me encontraba como trasladado a otro tiempo, que no a otro lugar. Deseaba sobremanera adentrarme por los caminos envueltos en la matinal fragancia del pinar y tener ante mí la perspectiva de toda una

jornada dedicada a trepar por riscos y peñas para descender luego hasta el valle por algún arrastradero.

El coche de línea vino a sacarme de mi ensoñación. Durante la primera parte del camino, mientras subíamos un vertiginoso puerto cuyas curvas el conductor negociaba de manera inverosímil, me iba despidiendo yo de aquellos montes, con la firme promesa de retornar al pueblo el año próximo y los siguientes, por estas mismas fechas, para asistir, siquiera fuera como espectador, a la Noche del Hambre.

Esta edición de
La Noche del Hambre
se terminó de componer en
Talavera de Onís
el Día de Asturias
del año
2021

